

poesía. También una lúcida crónica personal sobre las grandes corrientes literarias occidentales que sucedieron al romanticismo y sobre la convulsa política de nuestro siglo. Pero algunos son además algo que quizá él mismo no pudo sospechar: verdaderas piezas maestras de la crítica literaria que lo sitúan finalmente como uno de los grandes renovadores contemporáneos del género en Hispanoamérica.

ANA MARTÍNEZ SANTA
Universidad Complutense

Rodrigo Rey Rosa, *Lo que soñó Sebastián*, Barcelona, Seix Barral, 1994.

Tras las extraordinarias colecciones de relatos *El cuchillo del mendigo* y *El agua quieta*, así como las dos novelas breves *Cárcel de árboles* y *El salvador de buques*, todas ellas publicadas por Seix Barral en 1992, la misma editorial reúne en un volumen publicado en 1994 una novela y algunos cuentos de Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958), autor que conjuga sorprendentemente juventud y madurez creadora para sumarse con su buen hacer a la ya clásica trilogía de narradores que su país ha aportado en nuestro siglo a las letras latinoamericanas —Asturias, Monteforte y Monterroso—, curiosamente también desde los márgenes, dado que en todos ellos la mirada se focaliza desde el exterior. Rey Rosa, residente en Nueva York y actualmente en Marruecos, ha sido ya traducido a varias lenguas (al inglés por Raul Bowles) y elogiado por la crítica internacional; su escritura, a pesar de las distancias, retorna incondicionalmente al mundo atávico al que pertenece para proyectar una personal lectura del material mágico indígena filtrado por el crisol de un contexto que lo signa fatalmente. Un recorrido sucinto por sus anteriores entregas arrojará bastante luz para abordar la que hoy nos ocupa, compuesta por la novela breve que le da título —*Lo que soñó Sebastián*— y tres relatos que enlazan significativamente con su producción anterior.

En líneas generales, la narrativa de nuestro autor se extiende por las vías de lo fantástico y lo maravilloso. Se trata de dos modos oblicuos y sugestivos de acercarse a lo inefable, centrado en la problemática existencial y la sociopolítica, sutilmente enlazadas.

En el plano de lo novelesco, ya en *Cárcel de árboles* nos encontrábamos con una estremecedora parábola del poder. Un epígrafe de Wittgenstein nos da la clave germinal: el pensamiento es esencialmente una actividad que opera con signos, y de ahí el terrible experimento científico que en un centro militar se ocupa de manipular biológicamente a numerosos condenados a muerte para acceder a los mecanismos volitivos y comunicativos de su cerebro. El hallazgo casual de un cuaderno escrito por uno de los presos

—metarrelato escalofriante— será decisivo en la trama; la palabra vedada significa el arma esencial contra los mecanismos del poder, el instrumento para conquistar la dignidad individual y la vocación solidaria, la liberación del resentimiento y el acceso a la libertad, la capacidad para transformar las convenciones impuestas, la insurgencia. Un epígrafe de Borges —presencia incuestionable libremente interpretada en los textos de Rey— nos sugiere la disolución del experimento desvelado: «También la Esfinge se precipitó de lo alto cuando adivinaron su enigma». La escritura oblicua, la acusación sutil, potencian al máximo no sólo la denuncia sino también la sugestiva elocuencia del discurso narrativo de nuestro autor. La actitud se repite en *El salvador de huques* que de nuevo nos sumerge en la niebla de la irracionalidad del poder, siempre velado en el sintagma pero cuya lectura vertical nos conmociona una vez más. La excusa de un conato de destrucción a nivel planetario justifica que las instancias políticas exijan el control psicológico de todos los militares. Una secta que promueve desde el interior de esos mecanismo la subversión a partir de oscuros planteamientos no hace más que reincidir en esa denuncia de la irracionalidad que opera en sociedades sometidas a pesadillas que tienen lugar en la vigilia. Las estrategias de lo fantástico serán la única voz capaz de visualizar los entresijos de ese mundo en crisis.

En *Lo que soñó Sebastián* retorna Rey Rosa al embrujo atávico de la selva y su hipnosis desconcertante, ya presentes en la mayoría de sus cuentos. Su protagonista, Sebastián Sosa, *alter ego* del autor con quien el lector asiduo se familiariza de inmediato, es una reformulación de ese espectador atormentado por la sinrazón del entorno y acosado por su propia conciencia, tan común a la literatura de afinidad existencialista de nuestro tiempo. Quizá se trate de la obra más diáfana de Rey, aunque ya desde el título se advierte de la preeminencia de lo onírico que signa su escritura, única vía para abordar los segmentos inasibles de la existencia. Desde las primeras páginas la violencia, presencia central de cada una de sus obras, establece su acechanza con una muerte brutal que lleva al protagonista a descubrir las complejas relaciones sociales y raciales de los habitantes de la selva, distribuidos en mundos y jerarquías estrictamente compartimentados y sin comunicación posible. La incursión en lo fantástico se da únicamente en el momento que anuncia el título: el sueño que invade la realidad hasta violentarla. Lo onírico muestra una personalidad obsesada por el miedo y traiciona con sus redes y laberintos la impasibilidad que se ejerce en el momento solar. Sebastián Sosa sueña que está ciego, que es apresado por presencias desconocidas, y se recurre una vez más a la figura del hombre perseguido, acorralado, bestializado, las verdades secretas del mundo del subconsciente, el debate con la razón que ha de redimir de la pesadilla de lo real.

Una crítica profundamente sutil que nunca instrumentaliza el texto para robarle su naturaleza original, se canaliza aquí hacia el fariseísmo y corrup-

ción de militares y jueces, hacia la inutilidad de cada batalla contra la trama inaccesible que domina las estructuras sociales. En esta novela, la más contextualizada de Rey, la irracionalidad se adueña del devenir cotidiano, lo que se constata en un momento culminante: el incendio provocado para retener a los rebeldes y que sólo logra arrasarse inútilmente una parte de la selva, progresivamente destruida o depredada por la policía, los militares, la guerrilla o los cazadores y comerciantes de objetos arqueológicos. La degradación del hombre y su medio es central en la narración.

La segunda parte del volumen que nos ocupa aglutina bajo el título *La peor parte* tres relatos que se enmarcan en la faceta de Rey Rosa como cuentista, tal vez la más reveladora de su quehacer. Ya en las colecciones de cuentos antes mencionadas no sorprendía su originalidad al tiempo que se delataba su afinidad hacia ese género que consagran las letras hispanoamericanas en nuestro siglo. Las estrategias narrativas se valen del onirismo, el silencio o la locura para explorar los espacios esquivos del subconsciente, la verdad de la naturaleza humana, los monstruos de la razón. La maestría de esos relatos funde en el mismo crisol el mundo mágico ancestral y la aguda crisis espiritual que invade al hombre contemporáneo.

Con el incuestionable don de comenzar cuentos que Quiroga encomiaba, Rodrigo Rey apresa la voluntad del lector en un viaje sin retorno, despeñado a un final que lo imanta. Es el caso de *El cerro*, tal vez uno de los relatos más logrados y emblemáticos del narrador guatemalteco. Se trata de la ampliación de un núcleo narrativo anterior —«Informes de Cahabón», 1992— extraído de la voz popular. Magia negra y oscurantismo lo dominan desde su comienzo, en el que late el enfrentamiento de dos religiones, la indígena y la evangelista, con funestas consecuencias. La violecia del paisaje, cuyas descripciones nunca son ornamentales en Rey Sosa, enmarca la ceremonia del *cuatesiinc*, sacrificio ritual que busca la benevolencia divina. El autor no nombra espacios ni recurre a localismos, y sin embargo la universalidad de su escritura es el mejor testimonio de un mestizaje que queda impreso en toda su obra. El cuento evidencia la maestría técnica del autor para dotar de universalidad lo mítico y mágico indígena. La confrontación de dos mundos opuestos supera el pintoresquismo de corrientes ya caducas pero también la modernidad de autores más recientes que evidencian ese fenómeno tan estudiado de la transculturación.

La escritura de Rey Rosa, original y madura, perturbadora en cuanto profunda y distinta, es ante todo testimonio de búsqueda de una identidad y trascendencia para las que las vías convencionales no aportan una respuesta válida, en el ansia de hallar la alianza difícil y secreta con lo trascendente cotidiano.